

emocion, puedo confesar que la amo y prometo ante Dios ser su marido.

—No tal, pardiez, sobrino mio, dijo Montalt; es rica y tambien tú, sobrino mio. Estas niñas tienen en el bolsillo con que comprar á Penhoel, y el resto que poseo es vuestro, hijos mios.

—¡Penhoell repitió Diana; para llegar á Bretaña necesitamos tres dias, y dentro de ese término espira el plazo.

—Tenemos tiempo, replicó el nabab. Haz enganchar, Vicente. Ahora lo primero que necesitamos es encontrar á Marta y á mi hermano.... Para ello volveré á ver á nuestros tres bribones, llevándoles argumentos irresistibles. Venid conmigo.

Enrique y Roger besaron dos lindas manos que no se les disputaron mas que á medias, y siguieron al nabab, que subió en un carruaje acompañado del tío Juan.

Los caballos marcharon al galope hasta la fonda de las Cuatro Partes del Mundo.

Pero cuando Montalt preguntó por el caballero de Las Matas, se le respondió que ese noble personaje y sus dos compañeros habian partido hacia media hora para no volver.

XV.

MESA REDONDA.

El duelo de la puerta de Orleans habia tenido lugar el miércoles: es sábado por la noche.

La principal posada de Redon, *el Carnero Coronado*, que ya no tenia por dueño al pobre maese Gerand, antiguo cocinero de larga carrera, hacia hoy notables preparativos.

A la hora de comer habia dispuestas dos buenas mesas redondas, la una compuesta de tragineros reneses de Salier, de Guerende y de las cercanías, la otra ilustrada por la presencia de la *sociedad de aldeas vecinas*, que iba para la solemnidad del dia siguiente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
19do. 1625 MONTERREY, MEXICO

En efecto, eran los últimos días del mes de noviembre.

La *sociedad* acababa de sentarse en torno de la mesa redonda, donde humeaba una cena bastante suculenta; los manjares exhalaban un olor bastante agradable y capaz de abrir el apetito á las personas mas desganadas. Los trageros de la otra mesa no hubieran renunciado seguramente esa cena.

Pero éstos comían en sus platos de estaño, mientras que la sociedad usaba el servicio de loza y cubiertos de plata.

Además, había algo de noble, digno y respetable en ver ante cada convidado una botella de vino llena de sidra del país.

Esas botellas estaban allí por la pura etiqueta, tan cara á los caballeros de la pobre Bretaña.

Allí hubiéramos encontrado á todos nuestros charlatanes conocidos del salon de césped de Penhoel, las tres Gracias Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang, el caballero adjunto, su esposa Kerbichel, la viuda Clara Levinihic con sus tres queridos vizcondes, y hasta el buen Chauvette, maestro de escuela de la aldea de Glenac.

Podrían ser las ocho de la noche, y la asamblea hubiera estado completa sin la tardanza del jóven Numa, hermano de las tres Gracias, cuya silla estaba vacía.

—¡Cómo pasa el tiempo! dijo la Romanza, primogénita de las tres Gracias Babouin, aceptando una nata de pavo de manos del caballero adjunto Ker-

bichel; apenas hace dos meses y medio que estábamos sentados á la mesa el 15 de agosto con los Penhoel.

—Es verdad, dijeron todos.

—¡Pobre Señoral murmuró la Chauvette; ¡pobre tio Juan! ¡qué buenos y queridos eran!

—Eso no impide, dijo la Cavatina con su voz ágridulce, que el actual señor de Penhoel, el marqués de Pontalés, sea mucho mejor para el país, Mr. La Chauvette.

La asamblea aprobó estas palabras con la cabeza.

—No quiero hablar mal del antiguo señor de Penhoel, prosiguió el caballero adjunto Kerbichel, bebiendo un buen trago de vino; pero era notorio que aquel buen señor se entregaba demasiado á los licores alcohólicos.

—Y luego, añadió el Aria, cuya amable travesura no hubiera hecho esperar reflexiones tan profundas, era tan jugador como las mismas cartas.

—Yo digo una cosa, añadió gravemente la esposa del caballero adjunto: cuando un hombre se arruina es un mal hombre.

El marqués de Pontalés tiene ahora ochenta mil libras de rentas. Esto hace honor al país. Además, siempre se hubiera dicho que no había personas capaces de honrarnos.

—¡Ah! eran muy bellas, exclamó la viuda Clara de Levinihic con sentimiento; eran muy bellas las fiestas de Penhoel.

Los tres vizcondes repitieron tambien:

—Eran muy bellas las fiestas de Penhoell. Las tres Gracias Babouin formaron parte de la opinion de la viuda Clara Levinihic, y la Romanza añadió:

—Sin embargo, se bailaban allí bailes tan indecorosos é impropios, que se ruborizaba una al verlos. Esa Lola, que no tenia amante y que recibe ahora los obsequios del jóven Pontalés, Mr. Roberto de Blois, que miraba á la Señora á hurtadillas, y que dirigia sus miradas hácia Blanca....

—¡Hermana mial interrumpió la Cavatina bajando los ojos, caridad.... Se han visto jóvenes hidrópicas, segun el médico de La Gacelly, que aparentaban....

Dudó....

—¡Bien, bien! replicó la viuda Clara Levinihic; yo he advertido que de cuando en cuando alargaban sus vestidos.... Y el desmayo durante el baile.... Ya sabemos todos lo que quiere decir.

Los tres vizcondes la miraron con admiracion.

—¿Y las dos hijas del tio Juan? replicó la Romanza, el tio de las albarcas; si se pudiera hablar sin mover las cenizas de los muertos....

—Advertid, señorita, interrumpió uno de los vizcondes, que las gentes sencillas dicen que todas las noches vuelven al castillo, y por muy bien cerrada que estuviera vuestra alcoba, no seria un obstáculo para que las Hijas de la Luna os hicieran una visita.

—Entonces, dijo la viuda, ¡ay de vosotras, señoritas!

Los dos vizcondes, que no habian hablado, se desahogaron lanzando un grito de alegría.

La Romanza estaba pálida.

—Dios me libre, murmuró; ya sé lo que una cristiana debe á los difuntos, y me parece muy inoportuna y sin gracia esa chanza.

—Vamos, vamos, basta, dijo la esposa del caballero adjunto; no olvidemos que nos hallamos en un sitio público. Volviendo á Penhoel, parece que ese pobre muchacho Vicente ha sido guillotinado en Paris.

—¡Guillotinado! exclamó La Chauvette dando un salto.

—Siempre me habia parecido su rostro muy malo, dijo la Cavatina; pero no es así. He aquí mi hermano que viene á comer con nosotros.

—*Tarde venientibus ossa*, exclamó el caballero adjunto, lo que quiere decir que se guardan los huesos para los enamorados que acuden tarde á comer por andar corriendo aventuras, Mr. de-l'Etang.

Numa Babouin tenia el rostro grave, leyéndose en él el orgullo de una noticia.

Se sentó en silencio.

—¿Sabeis algo de nuevo, Mr. Numa? exclamó Clara Levinihic, cuyos ojillos brillaban de curiosidad.

—¿Traeis noticias de la inundacion? preguntó Kerbichel.

—La inundacion ha debido verificarse esta tarde, respondió Numa; lo mismo sucede todos los

años; pero pudiera suceder que ocurrieran acontecimientos inesperados en el país.

Aguzáronse todos los oídos.

Todos devoraban al joven Numa Babouin, que había recobrado su actitud solemne y reposada.

—Pero en fin, dijeron juntas Romanza, Aria y Cavatina.

El joven Babouin dirigió al caballero Kerbichel una mirada llena de dignidad.

—Tanto como vos corro yo detrás de aventuras, señor caballero, dijo; pero procuro averiguar cuanto sucede. Y lo que pasa, añadió moviendo lentamente la cabeza, es muy extraño, señores, muy extraño, muy extraño.

—Nos estais atormentando, hermano mio, exclamó la Romanza impaciente.

Numa apoyó los dos codos sobre la mesa.

—Sabeis que la escritura de venta del castillo tiene una cláusula de término dado y condicion, comenzó.

—¡Pardiez! dijo Kerbichel.

—Hoy es el último día, señor adjunto.

—Ya lo sabemos, Mr. Babouin, y no habrá una persona que preste los quinientos mil francos para comprarlo.

—Eso es lo que no podreis afirmar.

—¿Cómo?

—Juzgad vos mismo. En este momento he entrado en la sala donde están comiendo esas pobres gentes. Sospeché que estaban hablando de Penhoel,

pero no pude sospechar lo que iban á decir. Vos, que lo sabeis todo, Mr. Kerbichel, decid, ¿qué es?

—Renuncia, dijo en coro la asamblea.

—Vamos, decid.

—No, no.

—Pues bien, señores; haceis muy bien en renunciar, porque no os lo pudiérais haber figurado nunca. René de Penhoel y la Señora están aquí en esta posada.

—¿Será posible?

—Ignoro si es ó no posible, replicó Numa Babouin, pero es cierto.

—Tal vez, dijo Kerbichel, hayan logrado encontrar dinero. Nadie ha pretendido negar nunca que Penhoel fuese un hombre honrado.

—Ciertamente, dijo la asamblea.

—He aquí la historia, prosiguió el hermano de las tres Gracias. ¿Os acordais de aquel aventurero que se hacia llamar Roberto de Blois?

—Un bribon.

—De él hablamos.

—Pues bien, parece que ese Roberto de Blois es el que los ha traído, y el que ha prestado fondos á Penhoel.

—¡Oh! exclamaron todos.

—Positivamente. Ha traído en su coche al señor de Penhoel y á la Señora. Le acompaña tambien su criado Blas y otro, un pobre diablo que nosotros hemos conocido de enterrador de la aldea de Glenac.

—¿Bibandier?

—Bibandier.... Dicese que traen un millon de francos.

—¡Un millon! exclamó el caballero adjunto. Ved lo perjudicial que es juzgar á las personas por las apariencias. Ya ha habido aquí persona que ha llamado á Mr. Roberto aventurero.

—Yo no he sido, respondió la Romanza.

—Ni yo, dijo la Cavatina.

—Ni yo, añadió Aria.

—¡Ni yol ni yol ni yol

No era nadie.

—¡Ah! replicó Mr. Kerbichel, ¿no podriamos ser presentados á Mr. de Penhoel para ofrecerle nuestros respetos?

—Guarda el mas severo incógnito.

—Comprendo; ¿pero Mr. de Blois?

—Está ya en camino para el castillo, ocompañado de sus dos acólitos.

Hubo un momento de silencio, despues del cual la mayor de las tres Gracias tomó la mano de su jóven hermano.

—He aquí lo que yo llamo un feliz acontecimiento, dijo. No tengo ninguna prevencion contra el marqués de Pontalés, pero siempre he deseado desde lo mas íntimo de mi corazon la vuelta de esa querida familia de Penhoel.

—Y nosotros, dijeron todos.

Luego cada uno añadió una palabra.

—¡Tan buenos señores!

—Tan generosos!

—¡El nombre mas antiguo del parlamento!

—Honra de la comarca.

Se hacia hacer un mal papel á la Chauvette, que no se regocijaba en voz alta.

Por fuera se dejó oír un ruido y todos se precipitaron á las ventanas, porque estaba escitada la curiosidad en el mas alto grado.

Era simplemente un hombre que montaba á caballo delante de la puerta de la posada, partiendo despues al trote.

—Apostaria cinco francos contra diez cuartos, dijo la viuda Clara Levinihic, que ese hombre es Penhoel y que está beodo.

—¿Beodo Penhoel? repitió escandalizada la asamblea.

Pero no era ocasion de llevar mas adelante el proceso, porque el ruido exterior se cambió en estrépito, y dos sillas de posta desembocaron por el camino de Rennes.

Se detuvieron delante de la posada. La *sociedad* se habia convertido en ojos y oídos.

El jóven Mr. Babouin se deslizó por la escalera para buscar su provision de noticias.

Un hombre á quien nadie conocia, habia echado pié á tierra, llamando al posadero.

Le dijo algunas palabras en voz baja, y luego volvió hácia la silla de posta, cuya portezuela se abrió de nuevo para dar paso á un anciano de cabellos blancos.

—¡Que me descuarticen si no es el anciano Juan de Penhoel! exclamó la Romanza.

El anciano habia entrado en la posada.

Nadie se movia en el interior de las sillas de posta, cuyos caballos arrojaban por las narices nubes de humo.

El desconocido hablaba con el posadero.

Al cabo de media hora el anciano, que se habia tomado por Juan de Penhoel, se dejó ver de nuevo. Ayudado por un criado de posada llevaba una mujer que parecia enferma y de una debilidad estremada.

—La Señora, murmuraron en las ventanas.

Añadian:

—¿Qué quiere decir todo esto?

La mujer enferma fué introducida en una de las sillas de posta, subiendo tras ella el tio Juan.

Oyóse al desconocido preguntar al posadero:

—¿Cuánto tiempo hace que ha partido?

—Una media hora.

—Haced que me ensillen un caballo.

—Es imposible, señor; en todo el pueblo no encontrareis uno. Las gentes de que os hablamos han hecho retener, Dios sabe por qué, los caballos de todas las posadas.

—Que desenganchen uno de mi silla, dijo el desconocido.

Su orden fué ejecutada al momento.

Montó á caballo, é inclinándose á una de las portezuelas de la silla, dijo:

—Pasareis el puente de Los Houssayes; yo llegaré al castillo antes que vosotros.

Clavó las espuelas en el animal y partió á galope. Los carruajes se alejaron á su vez. Un minuto despues no habia nadie en la calle.

La *sociedad* tenia fiebre, y las noticias que le dió el jóven Numa no eran por cierto para curarla.

Numa se habia deslizado hasta la puerta de la calle; habia dado la vuelta á los carruajes, procurando que sus miradas penetraran dentro de ellos.

—¡Jesus! dijo al entrar en el comedor; es preciso haberlo visto para creerlo.

—¿Qué? ¿qué?

Numa recobró aliento. Las tres Gracias estaban orgullosas de ser sus hermanas.

—¿Qué? repitió al fin. Dentro de esas sillas van vivos, enfermos y muertos.

—¡Muertos! exclamó la asamblea.

—Por lo menos aparecidos. He mirado bien los dos carruajes, y á escepcion de un par de pícaros negros como la tinta, he creído reconocer á todos los que van dentro.

La *sociedad* no preguntaba ya, pero el jóven Numa Babouin estaba entonces en el centro del círculo, que amenazaba ahogarle.

Era un hermoso momento para el jóven jefe de la casa de Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang; no se apresuraba á satisfacer aquellos curiosos apetitos que le daban tan alta importancia.

—Dejadme respirar, por Dios, señores, prosiguió.

Contemos por los dedos. En el primer carruaje he reconocido á Vicente el guillotinado, al antiguo dueño de la posada, ya sabeis, á maese Geraud.

—Sí, sí.

—Y al tío Juan.

—¿Era él?

—Si me interrumpís no podré deciros nada. En ese carruaje ha sido en el que se ha hecho subir á la Señora. En el otro, ¡qué diablo! he visto á las dos hijas del tío Juan con sus antiguos amantes Enrique y Roger de Launoy.

—Advertid, Mr. Babouin, dijo Kerbichel, que el entierro se hizo llenando las formalidades prescritas.

—Me lavo las manos, caballero. No seria la primera vez, sea dicho sin ofender á nadie, que haya hecho barbaridades el estado civil. En fin, en el mismo carruaje va también el Angel, Blanca, que lleva un niño en los brazos.

—¿Lo veis? exclamaron á la vez las cinco mujeres, triunfantes de alegría.

—¡Pobre Angel!

—¿Pobre Angel, murmuró el joven Babouin, cuando tal vez va á ser la heredera mas rica de todo el país?

Los miembros de la sociedad se miraron sin reir, y el caballero adjunto Kerbichel replicó con acento penetrado:

—A escepcion de Mr. Chauvette, que parece por demás frio é indiferente, todos aquí profesan el ma-

yor cariño á los Penhoel. Propongo brindar á su feliz regreso, que tanto anhelábamos, y que nos causa tan estremado júbilo.....

Roberto, Bibandier y Blas habian llegado á Redon á eso de las tres de la tarde. Lola no firmaba parte de la espedicion esta vez. Nuestros tres caballeros no llevaban consigo mas que al señor de Penhoel y á la Señora.

René habia recobrado la fuerza, pero su inteligencia estaba cada vez mas confusa, no haciendo mas que beber por el camino.

Marta al contrario, comprendia perfectamente el papel que se obligaba á hacer á su marido; sentíase prisionera entre manos enemigas, pero no se reanimaba su valor. No habia en ella mas que indiferencia y apatía; no hubiera movido el brazo para separar el cuchillo que amenazara su corazón. Esperimentaba además tan gran debilidad, que hasta su voluntad era impotente.

Durante el camino la habia abismado su fatiga en una especie de sueño pesado y continuo.

Importábale poco lo que iba á pasar.

Esperaba que Dios no la hiciera esperar mucho el momento en que habia de reunirse á sus hijas.

Diana y Elena, que dos veces habian bajado del cielo para aliviar su sufrimiento.

Sobre la tierra no echaba de menos á nadie mas que á Blanca.

Al llegar se echó en el lecho en que tres años an-

tes había reposado Lola, mientras que Blas y Roberto hacían su primer comida en la posada del *Carnero Coronado*.

Nuestros tres caballeros y René de Penhoel se establecieron esta vez como la anterior. Se hizo beber á René cuanto pudo, y no se dejó de brindar por su próxima vuelta á la casa de sus padres.

Hacia las cuatro y media montaron á caballo Roberto, Blas y Bibandier.

Antes de partir dijeron á René:

—Ahora, Penhoel, tendreis confianza en nosotros. Ya sabeis cuáles son vuestros amigos y cuáles vuestros enemigos. Nos vemos obligados á abandonaros para ir al castillo á prepararlo todo. De aquí á las ocho pasad el tiempo en hacer lo que mejor os plazca; pero á esa hora es preciso que os encontréis en el camino de Penhoel.

René permaneció solo con su mujer, que dormía; sus antiguas ideas de venganza no se apoderaron de él. Su caballo era el único disponible que había en todas las posadas de Redon, porque Roberto había tomado esta precaucion para evitar contratiempos.

Habiale llenado de oro los bolsillos y tenía aquel día un vino muy alegre: á las ocho en punto salió de la posada, siguiendo las instrucciones de nuestros tres caballeros.

Roberto temía vagamente ser perseguido por el nabab.

Este había perdido todo el día en buscar por

Paris á Marta y á René de Penhoel. Al partir le llevaban de delantera Roberto y sus amigos mas de doce horas; pero ese largo intervalo se había ido aminorando poco á poco en el camino durante el viaje, y las dos sillas de posta del nabab pisaron el empedrado de Redon cinco horas despues de la llegada de los fugitivos.

El dueño de la posada le dió todas las señas apetecibles acerca de los cinco viajeros apeados en el *Carnero Coronado* despues de mediodía. El tío Juan fué el encargado de avistarse con Marta. Al verla tan débil, debió dudar y preguntarse si podría sufrir las fatigas del viaje desde Redon al castillo. Pero no se la podía dejar en aquella habitacion de una posada espuesta á merced de los acontecimientos.

Juan de Penhoel se hizo conocer y pronunció algunas palabras de esperanza, pero sin aventurar los nombres de Diana, Elena y Blanca, porque temía que la emocion fuese escesivamente fuerte y súbita para la pobre enferma.

Colocósela lejos de sus hijas en el carruaje en que iban Vicente y maese Geraud.....
.....

A una legua de Redon, René de Penhoel, que vacilaba al trote de su montura, siguiendo maquinalmente el camino del castillo, oyó tras sí el galope de un caballo.

La noche era húmeda y sombría. En el fondo de

ese valle poblado de malezas era donde Bibandier formaba su fantástico ejército.

Penhoel volvió la cabeza y vió en medio de las tinieblas una forma negra que avanzaba rápidamente.

Era un caballero cuya figura y rostro desaparecían bajo los anchos pliegues de su capa.

—¿Quién eres? gritó el antiguo señor del castillo con voz vinosa.

El caballero no respondió.

—¡Yo soy Penhoel! prosiguió René. Voy á rescatar el castillo de mi padre, y á arrojar de él á Pontalés, á ese infame, perro como su padre.

El caballero prosiguió guardando silencio.

A pesar de su embriaguez, sentía René oprimido su corazón por un vago terror.

Puso su caballo al paso.

El caballero le imitó. René le miraba á hurtadillas, midiendo su elevada estatura, que se desarrollaba confusamente en la sombra.

Clavó las espuelas en el vientre de su montura, que partió al galope.

El caballo del desconocido galopó también.

—¿Quién eres, quién? balbuceó Penhoel.

Igual silencio por parte del incógnito.

René temblaba.

Al cabo de una hora de marcha, durante la cual su embriaguez hizo pasar ante sus ojos terribles visiones, se detuvo de pronto su caballo.

Una sábana de espumosa y agitada agua se es-

tendía por el camino delante de él. A la izquierda los pantanos de Glenac prolongaban su inmensa superficie, en cuyo centro balanceaba la Dama Blanca los pliegues de su vaporoso traje.

A la derecha la doble colina daba paso al torrente.

Delante se distinguían vagamente en la cima de la montaña los paredones del castillo.

No había más que una luz en las ventanas.

Pero en la falda se distinguía un resplandor incierto que brillaba á través de los castaños en la cabaña de Benito el barquero.

—¡Ah de la barca! exclamó René con toda su fuerza.

Su voz debió morir antes de llegar á la mitad del río.

Ningún movimiento se advirtió en el modesto albergue.

El desconocido puso las dos manos en torno de su boca y gritó con voz vibrante que resonó en medio de la noche como el eco de una trompa:

—¡Ah de la barca! ¡ahl... ¡ahl....

La luz se apagó en la cabaña.

René se estremeció, sintiendo deslizarse por sus venas un frío glacial.

ALFONSO REYES
BIBLIOTECA DE MONTREY, MEXICO
MONTREY, MEXICO